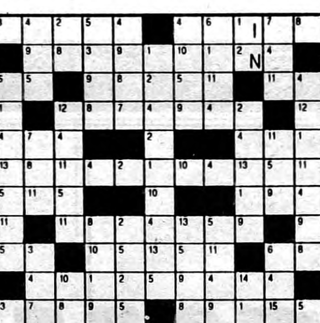
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES



HOMBRE CON EL CLAVEL EN LA BOCA

Página/2/3



...ano/12



COMO PERROS DE CIUDAD

(Por Daniel Karp) Hacia tres días que no se afeitaba. El precio de los repuestos equivalía, casi, a la mitad de su salario diario. Por suerte, el largo de la barba incipiente superaba la medida que puede raspar a una mujer cuando se la besa, así que podía mentir, diciendo que estaba probando un nuevo look. La llamó por primera vez desde que se habían conocido en casa de Gerardo, hacía diez días.

—Estrenan la película de Laurie Anderson —le propuso.

Se encontraron en la puerta del Broadway.

No había aire acondicionado.

—¡Ay no!, el calor me pone de la nuca.

Se habían secado los ríos, y las turbinas del país no funcionaban. El aire caliente se adhería a la piel. La basura se cocinaba contra el asfalto , y los que pasaban cerca resoplaban por la nariz para espantarse el olor.

—Están podando toda la Amazonia —dijo él.

Ella lo miró inquisitivamente. La frase le causó gracia. Sonrió.

—Acá nos están podando a nosotros —agregó ella.

Decidieron no entrar y fueron caminando hacia el bajo. El pensó en la Boca, llegar a la Boca... la pizza, la noche de verano y la calle Necochea que, de a poco, se iba pareciendo al Bronx.

Caminaban protegidos por la recova de Paseo Colón.

—¿Tenés fumo?

—No, lo único que hay es merca.

—Puta, todo el mundo anda reduro, hasta los colectiveros.

—Viste, viajar en colectivo es como ir adentro de una bomba, lo ponen al mango, y juegan a ganarle al semáforo.

—Es la ruleta rusa ciudadana.

Al fondo ya se veía el inmenso puente de hierro negro. Más aquí, junto a la puerta del California Dancing, algunos marineros en desuso eructaban el alcohol. Uno de ellos, con un decidido zig-zag, fue a atravesar la entrada del local. Por dos veces, las que el ir y venir de la puerta permitió, los que quedaron en la vereda se tiñeron de una luz amarillenta. Y, por dos veces también, escucharon las risas chillonas de las viejas putas.

Ella sintió miedo.

El le rodeó la cintura con su brazo izquierdo y doblaron la esquina. La calle estaba oscura, pero era más tranquila.

Cuando sobrepasaron un enorme camión estacionado junto a la vereda de un galpón, el vio, por sobre el hombro de ella, cómo un perro se montaba a una perra.

Ella siguió, instintivamente, la mirada de él.

—¡Mirá!,se la está...—Pensar la palabra, le hizo sentir la mano de él apretada en su cintura.

—Se la está gastando —dijo y sonrió levemente, muy cerca de él.

El la miró, vio su boca dispuesta, los labios gruesos y colorados por la pintura, su vestido de jersey superajustado y los muslos dorados por el sol.

La atrajo hacia sí, hasta sentir el hueso de la cadera sobre su costado, y la besó profundamente.

Ella sintió el sexo duro de él apretarse contra su vientre, y abrió más la boca, suavemente, relajando los labios.

El percibió un anticipo de cómo sería penetrarla, y la mano libre, la que no rodeaba la cintura de ella, se deslizó siguiendo la línea de la cadera hacia arriba, apretándola, hasta llegar a sentir en el centro el pezón erizado de ella.

Su mente se distrajo, tratando de encontrar en la memoria algún hotel cercano... "siempre hay que conocer uno en cada barrio..." le había dicho un taxista.

Hacía mucho tiempo que no iba a un hotel. Siempre terminaba en su casa con las mujeres con las que salía. Pero esta vez la idea lo excitaba. Los juegos de luces, en los cuartos, lo hacían imaginarse que le haría el amor sobre un flipper. La chica recostada sobre la máquina, él parado, manejándola por las piernas hasta hacerle Bingo en el centro.

Bingo y gemido, Bingo y gemido, hasta ponerle los ojos en blanco. La chica le hacía saltar los tapones.

—Me reventás el coco —le dijo despegando levemente sus labios de los de ella, casi susurrando, rozándole la boca con el movimiento de la suya. Sintió la vibración en el estómago de ella, y gozó con la sensación de penetrarla también con las palabras.

Ella iba a decir:

"Vos a mí también", pero sólo sonrió, imperceptiblemente orgullosa, y en cambio dijo:

—Sigamos caminando...

Ella no tenía apuro. Sabía que se habían entregado a la química del encuentro. Para ella, ya habían hecho el amor, aunque más tarde lo harían, seguramente en la casa de él. Ella la preferiría. Era menos anónima, y podría quedarse hasta el día siguiente y preparar el desayuno.

El siguió caminando con su urgencia a cuestas. Con su sexo duro.

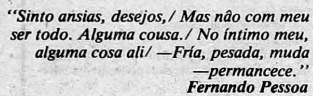
El perro aullaba.

—¡Viste!, ahora se queda enganchado porque no puede relajarse—comentó ella.

El animal giraba desesperado, atrapado por las tripas, sin poder separarse. Ellos siguieron caminando. Como en los cuentos, se fueron perdiendo en la oscuridad de la noche.

—...en el campo les tiran un balde de agua para separarlos —fue lo último que se escuchó de la voz de ella, y sólo quedaron la cuadra vacía, y al fondo el puente enorme y oscuro de hierro negro.

Skármeta nació en Antofagasta, Chile, en el año 1940, y allí vivió hasta 1973 trabajando como docente de Filosofía y Literatura. Durante el primer año del golpe contra Salvador Allende se exilió en Buenos Aires y más tarde se radicó en Berlín. Entre sus obras destacan "Soñé que la nieve ardía", "Tiro Libre" y "La Insurrección".



"Sinto ansias, desejos,/ Mas não com meu ser todo. Alguma cousa./ No íntimo meu, alguma cosa ali/ —Fria, pesada, muda —permancece."
Fernando Pessoa

Por Antonio Skármeta

La muchacha bordeó los árboles con el impulso veloz de una mujer sola en un lugar público, entre digno, cauteloso y distraído, como si la soledad fuera una vergüenza y las bocas de todos los hombres estuvieran a punto de llegar a lamerle el cuello o morderle los labios.

Fingió ese aspecto de llevar un destino hasta que hubo atravesado el ancho de la plaza. Cuando llegó al límite, se detuvo concediéndose un largo respiro. Los hombros libraron su rigidez, la barbilla cayó tumbada por una sonrisa, y los codos se aliviaron en un gesto alentador para sí misma. Se había sorprendido otra vez hija de las tensiones y formalidades que despreciaba, de la desconfianza, de la miseria de artificios en la cara, del egoísmo de inútiles dignidades. Pensó: "Igual caminaba desde la salida del colegio hasta la casa. Igual iba al cine los domingos. Todos caminábamos igual. Como si la soledad nos transformara en putas".

Los hombres y mujeres de la plaza levantaron las muñecas y pusieron atención a la hora. Compararon relojes, atisbaron calles laterales, miraron hacia el cielo como esperando que toda esa inquietud fuera amarrada en algo. Estaban juntos, pero el modo como siguen juntos los que sobreviven a una fiesta muy animada; manoteando el brazo del tocadisco cuando ya no hay música posible para complacer a todos. Faltaban segundos y nadie quería que el año se fuera como quien despacha una carta en el buzón.

Miraban otra vez a las esquinas. Insistían también en el cielo, llevaban las muñecas a los oídos, y la chica sintió que la brisa hacía temblar su flor sobre la oreja.

Entonces supo que había un hombre a sus espaldas.

Y en el exacto segundo de los abrazos, supo también que ése era el hombre que la estaba abrazando; no con un abrazo de año nuevo frontal, estridente y enfático, sino con la mitad de un abrazo, una insinuación, como se cuelga alguien de un hombro familiar, pero también con la suavidad de quien sabe que ese hombro es frágil.

Ella quiso quedarse en ese silencio ignorante y divertido, prendida en esa captura anónima, claudicando del resto de la escena, los personajes, el decorado de luces irreales, la ciudad, Portugal y la galaxia, pero ya había girado su cuello y ya curioseaba, con una leve tensión en los ojos, los rasgos del muchacho, que sólo le dedicó una sonrisa distraída, relajada, y accidental, como si llevara tres noches pendiendo de su hombro y ya aburrido de charla con ella se dedicase a considerar las pequeñas excentricidades de los transeúntes, los gritos y los saludos, igual que si fuese un juez de gritos y saludos.

Con mucha destreza, el joven prendió con la lengua el tallo del clavel que tenía en la boca, y con una curiosa pirueta lo depositó entre las comisuras del labio izquierdo. Allí lo retuvo con la mandíbula apretada.

Ese fue el momento en que la chica corrigió en su mente "feliz año nuevo" y dejó que su propia fluidez hablara por ella.

—Por si acaso, ése es mi hombro —dijo.

—Sí, ya sé —farfulló el joven (más joven que ella), sin mirarla (pero arreglándoselas para mirarla). —Me colgué del tuyo porque el mío ya no me interesa.

Para conseguir hablarle sostuvo el tallo del clavel con los dientes. Ella alzó la mano libre y le punzó la flor con un dedo.

—¿Parece como que eres vegetariano, cierto?

—No, no me los como. Me los dejo ahí en la boca simplemente.

La concurrencia de la plaza comenzó a desbordarse febril hacia la esquina izquierda. Desde una calle lateral, precedida por bocinazos que acompañaban el estribillo "el pueblo unido jamás será vencido", avanzó una caótica columna de estudiantes y obreros. Ambos se dejaron conducir por la onda y descendieron la cuneta hasta quedar unidos a la cabeza de la marcha. Un viejo de nariz aguda, anteojos abultados y el tranco visiblemente rengo, sostenía el palo de una inmensa bandera roja. Aunque la gente lo aplaudió con fervor mientras iba pasando, el hombre parecía ausente, nimbado de una pequeña gloria, atento a una música sinfónica que sólo dictaba para él su propia cabeza.

Marcharon un poco delante de él, sin soltarse, mientras que en la plaza se formaban rondas al compás del mismo estribillo. Por todos los huecos se asomaban botellas chorreantes. Provenían de las ventanillas de

HOMBRE CON EL CLAVEL EN LA BOCA

Skármeta nació en Antofagasta, Chile, en el año 1940, y allí vivió hasta 1973 trabajando como docente de Filosofía y Literatura. Durante el primer año del golpe contra Salvador Allende se exilió en Buenos Aires y más tarde se radicó en Berlín. Entre sus obras destacan "Soñé que la nieve ardía", "Tiro Libre" y "La Insurrección".

"Sinto ansias, desejos,/ Mas não com meu ser todo. Alguma cousa./ No íntimo meu, alguma cosa ali/ —Fría, pesada, muda —permancece."
Fernando Pessoa

Por Antonio Skármeta

La muchacha bordeó los árboles con el impulso veloz de una mujer sola en un lugar público, entre digno, cauteloso y distraído, como si la soledad fuera una vergüenza y las bocas de todos los hombres estuvieran a punto de llegar a lamerle el cuello o morderle los labios.

Fingió ese aspecto de llevar un destino hasta que hubo atravesado el ancho de la plaza. Cuando llegó al límite, se detuvo concediéndose un largo respiro. Los hombros libraron su rigidez, la barbilla cayó tumbada por una sonrisa, y los codos se aliviaron en un gesto alentador para sí misma. Se había sorprendido otra vez hija de las tensiones y formalidades que despreciaba, de la desconfianza, de la miseria de artificios en la cara, del egoísmo de inútiles dignidades. Pensó: "Igual caminaba desde la salida del colegio hasta la casa. Igual iba al cine los domingos. Todos caminábamos igual. Como si la soledad nos transformara en putas".

Los hombres y mujeres de la plaza levantaron las muñecas y pusieron atención a la hora. Compararon relojes, atisbaron calles laterales, miraron hacia el cielo como esperando que toda esa inquietud fuera amarrada en algo. Estaban juntos, pero el modo como siguen juntos los que sobreviven a una fiesta muy animada; manoteando el brazo del tocadisco cuando ya no hay música posible para complacer a todos. Faltaban segundos y nadie quería que el año se fuera como quien despacha una carta en el buzón.

Miraban otra vez a las esquinas. Insistían también en el cielo, llevaban las muñecas a los oídos, y la chica sintió que la brisa hacía temblar su flor sobre la oreja.

Entonces supo que había un hombre a sus espaldas.

Y en el exacto segundo de los abrazos, supo también que ése era el hombre que la estaba abrazando; no con un abrazo de año nuevo frontal, estridente y enfático, sino con la mitad de un abrazo, una insinuación, como se cuelga alguien de un hombro familiar, pero también con la suavidad de quien sabe que ese hombro es frágil.

Ella quiso quedarse en ese silencio ignorante y divertido, prendida en esa captura anónima, claudicando del resto de la escena, los personajes, el decorado de luces irreales, la ciudad, Portugal y la galaxia, pero ya había girado su cuello y ya curioseaba, con una leve tensión en los ojos, los rasgos del muchacho, que sólo le dedicó una sonrisa distraída, relajada, y accidental, como si llevara tres noches pendiendo de su hombro y ya aburrido de charla con ella se dedicase a considerar las pequeñas excentricidades de los transeúntes, los gritos y los saludos, igual que si fuese un juez de gritos y saludos.

Con mucha destreza, el joven prendió con la lengua el tallo del clavel que tenía en la boca, y con una curiosa pirueta lo depositó entre las comisuras del labio izquierdo. Allí lo retuvo con la mandíbula apretada.

Ese fue el momento en que la chica corrigió en su mente "feliz año nuevo" y dejó que su propia fluidez hablara por ella.

—Por si acaso, ése es mi hombro —dijo.

—Si, ya sé —farfulló el joven (más joven que ella), sin mirarla (pero arreglándoselas para mirarla). —Me colgué del tuyo porque el mío ya no me interesa.

Para conseguir hablarle sostuvo el tallo del clavel con los dientes. Ella alzó la mano libre y le punzó la flor con un dedo.

—¿Parece como que eres vegetariano, cierto?

—No, no me los como. Me los dejo ahí en la boca simplemente.

La concurrencia de la plaza comenzó a desbordarse febril hacia la esquina izquierda. Desde una calle lateral, precedida por bocinazos que acompañaban el estribillo "el pueblo unido jamás será vencido", avanzó una caótica columna de estudiantes y obreros. Ambos se dejaron conducir por la onda y descendieron la cuneta hasta quedar unidos a la cabeza de la marcha. Un viejo de nariz aguda, anteojos abultados y el tranco visiblemente rengo, sostenía el palo de una inmensa bandera roja. Aunque la gente lo aplaudió con fervor mientras iba pasando, el hombre parecía ausente, nimbado de una pequeña gloria, atento a una música sinfónica que sólo dictaba para él su propia cabeza.

Marcharon un poco delante de él, sin soltarse, mientras que en la plaza se formaban rondas al compás del mismo estribillo. Por todos los huecos se asomaban botellas chorreantes. Provenían de las ventanillas de los coches o las infiltraban ciclistas embanderados. Los estampidos del champagne sonaban aislados entre los gritos, los cantos y las bocinas, revueltos por una brisa apenas fresca, exactamente como si no fuera invierno.

El joven la apartó hasta el restaurante Piquinique y le indicó que se sentara en el snack bar. Pidieron dos sandwiches y un tinto de marca.

—Bueno —dijo él—, yo me llamo Jorge.

—Carmen —dijo la muchacha.

Se pasaron las manos, se las apretaron, y esperaron el vino en silencio. En el intermedio se miraron un poco con sonrisas divertidas y gestos imprecisos. Ella concluyó que no estaba en el estilo del joven preguntar más cosas, aunque sí en el de ella. Pero finalmente tampoco preguntó nada. Trajeron el vino y tomaron la primera copa con una velocidad cómplice. La muchacha paladeó el gusto y el calorcillo en sus pómulos. El se derrumbó riendo sobre el mesón y hundió la cara entre los brazos. Se sacudió algunos segundos mientras ella servía dos nuevas dosis, y luego levantó el rostro limpiándose las mejillas húmedas. Puso el clavel en la abertura que dejaban sus dientes centrales, imperfectos, y asintió para sí mismo esforzándose por no reír más.

—Estoy muy contento —dijo en español.

—Se ve —dijo la joven.

—Estuve preso un año. Mi viejo estuvo preso cinco años, hasta que se fugó de la cárcel. Murió en Francia.

La chica lo invitó con las cejas a que alzara su vino. Pusieron los sandwiches humeantes sobre el mesón y los comieron con avidez. Cuando sólo quedaron unas migas desparramadas y el mozo hubo ultimado la botella en las copas con destreza profesional, el muchacho dijo:

—Ahora pago y nos vamos a casa. Te quedás a dormir conmigo.

Esperó la reacción a las novedades con un exceso de alerta, fuera de estilo. Estiró los labios hasta permitir que todos los dientes se exhibieran coronados por el clavel rojo en el agujero medio.

—No quiero —dijo la muchacha.

—¿No te gusto?

—No, si de gustarme, me gustas.

—Y entonces.

—No quiero.

El joven se mesó el pelo.

—Lo que pasa es que te enojaste conmigo porque no me saco el clavel del hocico.

Ella lamentó que no quedara nada en su copa. El joven le alcanzó la suya, y la muchacha sorbió un poquito, súbitamente seria. Golpeó una miga con un dedo y la recogió en la palma de la otra mano.

—Hice una promesa cuando cayó el fascismo que me pasaría toda la primera noche del año con un clavel en el hocico —dijo, escarbándose nuevamente una oreja—. Me puedo acostar contigo, pero no podría ni besarte ni lamerte por el problemita éste.

La chica se rascó la cabeza. Supo que en la sonrisa con que ahora lo miraba, terminaba de defraudarlo.

—No puedo —dijo.

El joven pagó la cuenta desembozando un bolsillo con arrugados billetes de poca monta.

Caminaron, entre jirones de desfiles ruidosos y consignas persistentes, separados, en un silencio que él acentúo con la cabeza gacha y las manos profundas en los bolsillos. A metros del hotel, la muchacha decidió plantearle un consuelo.

—Tengo un hijo de cinco años. Está conmigo en la pieza.

El pateó una pelota imaginaria y se encogió de hombros.

—¿Y tu marido también?

—No. Soy viuda.

—¿Y entonces?

Estaban en la puerta. Ella dijo:

—Buenas noches.

El dijo:

—Buenas noches.

Y le volvió una espalda rotunda.

La última visión que tuvo la chica fue la de su pelo enmarañado fundiéndose en la esquina con el fatigoso tranvía II, Graca. Sacó un cigarro con destreza y luego le aplicó una precisa llamarada.

La mucama estaba en su lecho leyendo una historia de amoríos.

—Todo bien, señora —se anticipó—. Todo perfecto.

—¿No despertó?

Ni un poquito.

—No sé cómo agradecerle.

—¡Por favor, señora! ¿Estaba linda la plaza?

—Sí —dijo.

—¿Dio una vueltita?

—Sí.

—Año nuevo, vida nueva, ¿no es cierto?

—Estuvo muy lindo.

La mucama bostezó espontáneamente e intentó disimularlo con un pequeño cantito. La muchacha se desabotonó la blusa y puso el cigarrillo en el borde del cenicero.

—¿A qué hora viaja?

—A las diez. Despiértame a las ocho, por favor.

—Seguro. ¿Y a dónde van, señora?

—A Rumania.

La chica estrechó la mano de la mujer en la puerta.

—Fue muy gentil. Se lo agradezco.

—Hasta mañana, señora.

La mucama descendió los escalones y se dispuso a apagar la luz de la recepción. No acababa de pasar el picaporte del vestíbulo, cuando advirtió a un joven con un clavel en la boca asomado en la parte exterior de la mampara. Sin golpear, le indicaba con un dedo engarfiado que levantara el cerrojo. La mujer adelantó un oído, con curiosidad y reserva.

—Una señorita —dijo el joven a través del vidrio—, no me acuerdo el nombre. Una que tiene un hijo.

—Sí —dijo la criada—, la chilena.

El joven la miró gravemente y pestañeó con abundancia. Con un manotón desordenado, quiso reagrupar el pelo que se le derramaba en la frente, sin conseguirlo.

—Exacta —dijo—. La Chilena. Tengo que subir a verla.

—Ya se acostó.

—Bueno, no importa. Abrame.

La mucama levantó el cerrojo y el muchacho trepó los primeros escalones.

—Mire que debe estar durmiendo.

—¿Qué cuarto? —gritó el joven desde el segundo piso.

—El once —dijo la mucama, asomándose a la escalera.

El joven golpeó la puerta, pero no esperó a que le respondiesen. Accionó la manilla e irrumpió en la habitación. La muchacha se mostró desnuda, excepto por el pequeño calzón que estaba a punto de hacer resbalar sobre la cadera. El joven avanzó sin titubeos y desprendió la flor de su boca. La puso en el florero, junto con los otros claveles. Miró los pequeños senos de la joven y volvió a hundir las manos en los bolsillos.

—Bueno —dijo, antes de abandonar la habitación—, para otra vez sé más explícita.

POLLINI

HOMBRE CON EL CLAVEL EN LA BOCA



los coches o las infiltraban ciclistas embanderados. Los estampidos del champagne sonaban aislados entre los gritos, los cantos y las bocinas, revueltos por una brisa apenas fresca, exactamente como si no fuera invierno.

El joven la apartó hasta el restaurante Piquinique y le indicó que se sentara en el snack bar. Pidieron dos sandwiches y un tinto de marca.

—Bueno —dijo él—, yo me llamo Jorge.

—Carmen —dijo la muchacha.

Se pasaron las manos, se las apretaron, y esperaron el vino en silencio. En el intermedio se miraron un poco con sonrisas divertidas y gestos imprecisos. Ella concluyó que no estaba en el estilo del joven preguntar más cosas, aunque sí en el de ella. Pero finalmente tampoco preguntó nada. Trajeron el vino y tomaron la primera copa con una velocidad cómplice. La muchacha paladeó el gusto y el calorcillo en sus pómulos. El se derrumbó riendo sobre el mesón y hundió la cara entre los brazos. Se sacudió algunos segundos mientras ella servía dos nuevas dosis, y luego levantó el rostro limpiándose las mejillas húmedas. Puso el clavel en la abertura que dejaban sus dientes centrales, imperfectos, y asintió para sí mismo esforzándose por no reír más.

—Estoy muy contento —dijo en español.

—Se ve —dijo la joven.

—Estuve preso un año. Mi viejo estuvo preso cinco años, hasta que se fugó de la cárcel. Murió en Francia.

La chica lo invitó con las cejas a que alzara su vino. Pusieron los sandwiches humeantes sobre el mesón y los comieron con avidez. Cuando sólo quedaron unas migas desparramadas y el mozo hubo ultimado la botella en las copas con destreza profesional, el muchacho dijo:

—Ahora pago y nos vamos a casa. Te quedás a dormir conmigo.

Esperó la reacción a las novedades con un exceso de alerta, fuera de estilo. Estiró los labios hasta permitir que todos los dientes se exhibieran coronados por el clavel rojo en el agujero medio.

—No quiero —dijo la muchacha.

—¿No te gusto?

—No, si de gustarme, me gustas.

—Y entonces.

—No quiero.

El joven se mesó el pelo.

—Lo que pasa es que te enojaste conmigo porque no me saco el clavel del hocico.

Ella lamentó que no quedara nada en su copa. El joven le alcanzó la suya, y la muchacha sorbió un poquito, súbitamente seria. Golpeó una miga con un dedo y la recogió en la palma de la otra mano.

—Hice una promesa cuando cayó el fascismo que me pasaría toda la primera noche del año con un clavel en el hocico —dijo, escarbándose nuevamente una oreja—. Me puedo acostar contigo, pero no podría ni besarte ni lamerte por el problemita éste.

La chica se rascó la cabeza. Supo que en la sonrisa con que ahora lo miraba, terminaba de defraudarlo.

—No puedo —dijo.

El joven pagó la cuenta desembozando un bolsillo con arrugados billetes de poca monta.

Caminaron, entre jirones de desfiles ruidosos y consignas persistentes, separados, en un silencio que él acentúo con la cabeza gacha y las manos profundas en los bolsillos. A metros del hotel, la muchacha decidió plantearle un consuelo.

—Tengo un hijo de cinco años. Está conmigo en la pieza.

El pateó una pelota imaginaria y se encogió de hombros.

—¿Y tu marido también?

—No. Soy viuda.

—¿Y entonces?

Estaban en la puerta. Ella dijo:

—Buenas noches.

El dijo:

—Buenas noches.

Y le volvió una espalda rotunda.

La última visión que tuvo la chica fue la de su pelo enmarañado fundiéndose en la esquina con el fatigoso tranvía II, Graca. Sacó un cigarro con destreza y luego le aplicó una precisa llamarada.

La mucama estaba en su lecho leyendo una historia de amoríos.

—Todo bien, señora —se anticipó—. Todo perfecto.

—¿No despertó?

Ni un poquito.

—No sé cómo agradecerle.

—¡Por favor, señora! ¿Estaba linda la plaza?

—Sí —dijo.

—¿Dio una vueltita?

—Sí.

—Año nuevo, vida nueva, ¿no es cierto?

—Estuvo muy lindo.

La mucama bostezó espontáneamente e intentó disimularlo con un pequeño cantito. La muchacha se desabotonó la blusa y puso el cigarrillo en el borde del cenicero.

—¿A qué hora viaja?

—A las diez. Despiértame a las ocho, por favor.

—Seguro. ¿Y a dónde van, señora?

—A Rumania.

La chica estrechó la mano de la mujer en la puerta.

—Fue muy gentil. Se lo agradezco.

—Hasta mañana, señora.

La mucama descendió los escalones y se dispuso a apagar la luz de la recepción. No acababa de pasar el picaporte del vestíbulo, cuando advirtió a un joven con un clavel en la boca asomado en la parte exterior de la mampara. Sin golpear, le indicaba con un dedo engarfiado que levantara el cerrojo. La mujer adelantó un oído, con curiosidad y reserva.

—Una señorita —dijo el joven a través del vidrio—, no me acuerdo el nombre. Una que tiene un hijo.

—Sí —dijo la criada—, la chilena.

El joven la miró gravemente y pestañeó con abundancia. Con un manotón desordenado, quiso reagrupar el pelo que se le derramaba en la frente, sin conseguirlo.

—Exacta —dijo—. La Chilena. Tengo que subir a verla.

—Ya se acostó.

—Bueno, no importa. Abrame.

La mucama levantó el cerrojo y el muchacho trepó los primeros escalones.

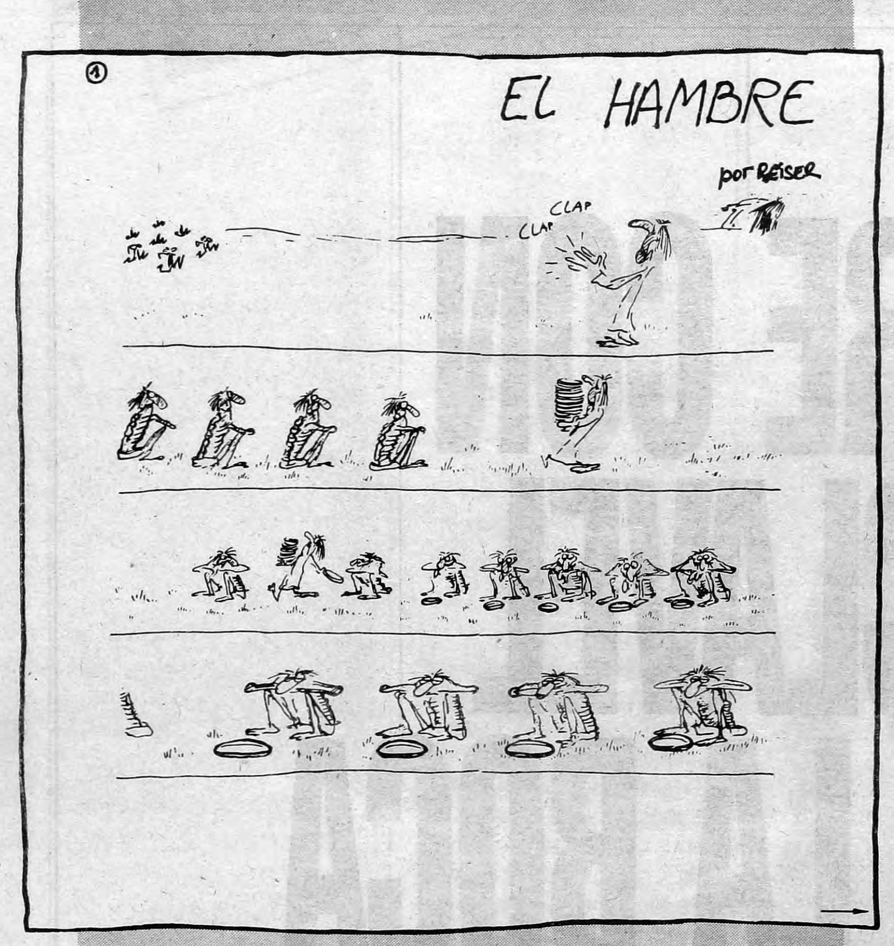
—Mire que debe estar durmiendo.

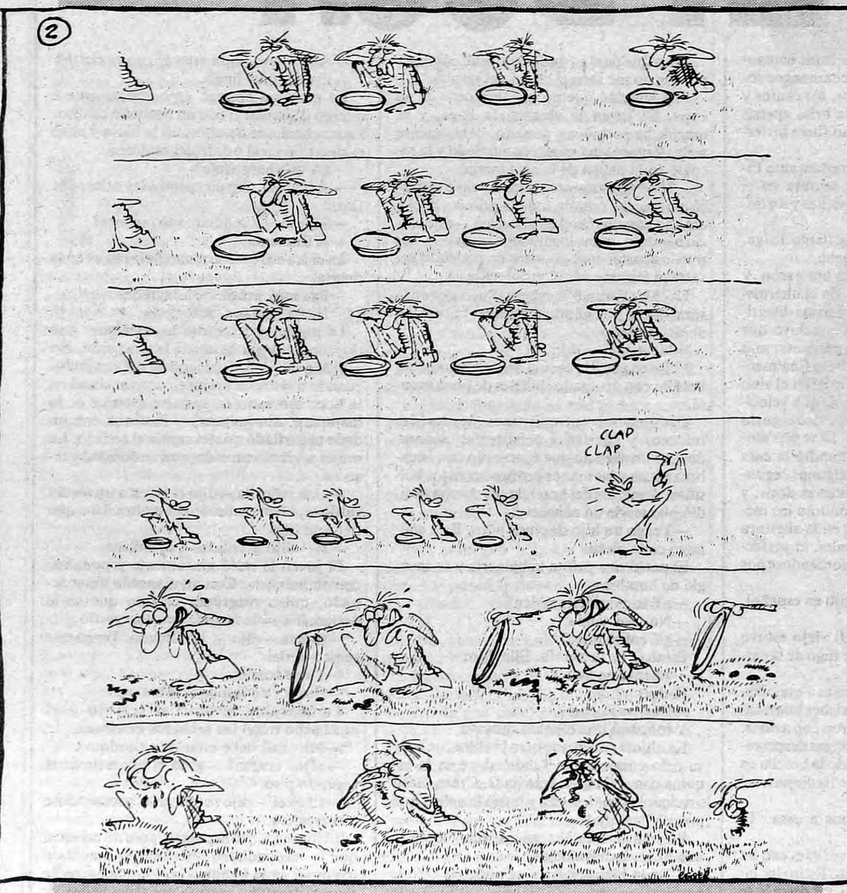
—¿Qué cuarto? —gritó el joven desde el segundo piso.

—El once —dijo la mucama, asomándose a la escalera.

El joven golpeó la puerta, pero no esperó a que le respondiesen. Accionó la manilla e irrumpió en la habitación. La muchacha se mostró desnuda, excepto por el pequeño calzón que estaba a punto de hacer resbalar sobre la cadera. El joven avanzó sin titubeos y desprendió la flor de su boca. La puso en el florero, junto con los otros claveles. Miró los pequeños senos de la joven y volvió a hundir las manos en los bolsillos.

—Bueno —dijo, antes de abandonar la habitación—, para otra vez sé más explícita.







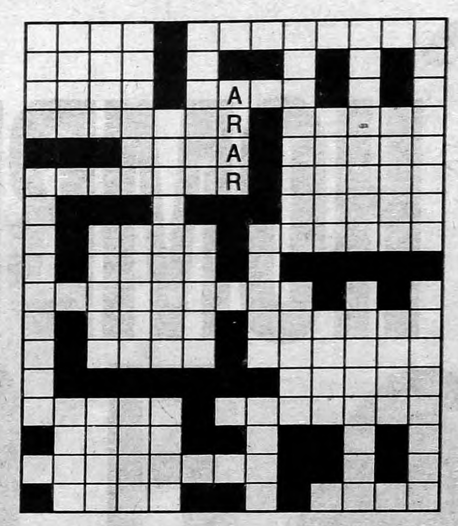
Gentileza Editions du Square



ACOMODO

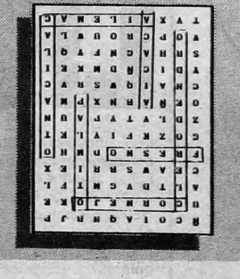
Por A. FREIRE

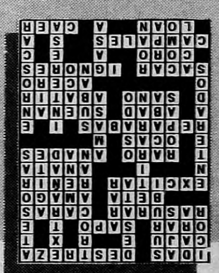
Coloque las palabras de manera que se crucen.



4 LETRAS: ABAD - ACAL - AIRE - AJAS - ARAR - ARPA - BETA - CAER - CAJU - COMO - CORO - DARA - EACO - GASA - ICOR - IDAS - LOAN - OCAS - ORAR - RARO - ROAN - SANO - SAPO. **5. LETRAS:** ACABA - ACERO - AGITE - AMAGO - AMASA - AMENA - ANATA - CARAS - OSADO - REÑIR - ROPAS - SACAR - SUBAN. **6 LETRAS:** ABATIR - ANADES - DESATA - SUENAN - SURUBI. **7 LETRAS:** EXCITAR - IGNORES - RASURAR. **8. LETRAS:** ATESORAS - CAMPALES - DESTREZA - ENROSCAR - EXTRAÑAD - INTERESA - TROCARAN. **9 LETRAS:** ENTERADOS - REPARABAS - RETIRARAN.

SOLUCION





SOPA DE ARBUSTOS Y ARBOLES

Encuentre en la sopa siete palabras referidas al título, que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda damos una palabra ya ubicada.

Ñ	C	O	I	A	Q	N	B	J	P
U	C	O	R	N	E	J	O	K	E
A	L	T	D	V	G	M	T	F	L
C	E	A	W	S	B	R	I	E	X
F	R	E	S	N	O	D	M	H	O
G	O	Z	K	F	I	Y	L	E	T
Z	D	L	Y	T	Y	P	A	U	N
O	E	Ñ	A	B	N	X	P	M	A
C	N	A	I	Q	W	S	R	V	C
Y	D	I	C	Ñ	D	M	K	E	I
S	R	H	A	G	N	F	Y	Q	L
V	O	P	C	R	O	U	W	L	A
T	Y	X	A	I	L	E	M	A	C